

el día 14 a las once horas en la mismísima catedral. También se ofició misa en San Esteban el día del entierro. Hasta el puente de la Trinidad llegó el séquito. El obispo rezaría la oración final y Juliá pronunció las palabras del ritual falangista: “¡Camarada Latino, presente!”, seguido del Cara al sol y los vítores últimos. Un hermano suyo, religioso en un convento de Palencia, llegó a rendirle duelo póstumo. También aquí, como en otras ocasiones, se le echa la culpa al “marxismo criminal”, al comunismo, cuando todo había sido un simple exceso de celo en el servicio, pero el enemigo siempre es el enemigo y la dialéctica es histórica e historia, o no lo es. En no menor medida también quiero poner de relieve el hacer cultural de Juliá Andreu durante su estancia en Cuenca. Presente ya al poco de su llegada y visualizado durante este periodo a través de las páginas de *Ofensiva*, de Luján y de Miguel de la Hoz. Así, si la presencia destacada de César González Ruano es un hito por lo que comporta y por la amistad y cobertura que se profesaron, no lo son menos sus intentos de “crear” el Centro de Estudios Conquenses, el ánimo de dinamizar con los Seminarios falangistas el poso intelectual de la provincia, el decidido apoyo a las revistas y periódicos de Falange, su propia contribución con algunos artículos sobre política mayormente (recogidos en su libro *Clásicos Políticos Españoles*), así como la asistencia a diversos actos de calado cultural, tal exposiciones, conferencias, conciertos, y hasta su vocación de redimensionar turísticamente la provincia, con más cordura que la de Perlado, su sucesor. Queda deliberadamente como no incluido en el tiempo de esta exposición la religión y su pregón de Semana Santa de 1955, como tampoco su intento de proyección literaria en los años sesenta, de retorno ya a Barcelona, donde publicaría dos novelas y sería finalista del premio Nadal en 1966.

En febrero de 1949, a través de *Ofensiva*, al tiempo que se publica su artículo sobre Juan de Mariana, se lanza la propuesta a modo de llamamiento con firma del propio Juliá: “El Gobernador Civil patrocina la inmediata creación de un Centro de Estudios Conquenses. Invita expresamente a colaborar en este empeño al Subsecretario de Educación Nacional, y a González Palencia, Martínez Kléiser, Astrana Marín, Cirac Estopañán, Muelas, Martínez Vázquez y Marco Pérez”. Delega en la dirección de *Ofensiva* los primeros trabajos preparatorios. La idea, no podía ser menos, enseguida congrega muchos apoyos, siendo el más entusiasta el de Federico Muelas. “Desde mi almena” dedica a Juliá y a su propuesta actualizada tras que José Lázaro del Corral le reproche que fue Ángel Sánchez Vera el primero que lo propuso y contribuyó con su fondo y patrimonio a la misma, un claro elogio, bautizando el manifiesto de Juliá como “la Carta Magna del resurgir cultural de Cuenca”. No mucho más tarde, durante la Semana Santa de este mismo 1949, Federico Muelas invitará por primera vez a Cuenca a Ruano, Cela y Aristizábal. Del mismo modo surgen otras adhesiones graduadas en el asentir según la distancia o la autoestima. Se pretende unificar en torno a esta institución todo un hacer plural de dinamismo activo: como exposiciones, música, literatura o investigación histórica. Pero tanto González Palencia, como Kléiser o Astrana Marín, las primeras espadas de la intelectualidad conquense del momento, tras la poda de la guerra civil, loan el proyecto al tiempo que en sus respuestas no dejan sutilmente de disculparse. Por el contrario, la intelectualidad y la política local lo apoyan incondicionalmente. Sin embargo, según transcurre el tiempo, dos serían los únicos avances registrados cayendo pronto en el olvido tal propuesta. Uno de ellos el conseguir que se aprobasen sus estatutos con fecha 2 de febrero de 1950. Y el segundo el de vincular su actividad al único centro de difusión didáctica del momento, desde el punto de vista civil, el instituto Alfonso VIII y su profesorado (el 23 de octubre de 1949), entre los que se recuerda a Luis Brull, Juan Morán, José Briones o Joaquín Rojas. Circunstancia esta última que no deja de ser interesante en su análisis, pero que tampoco forjaría más que un mero realce de la buena labor docente de una pléyade de temporales catedráticos durante estos años con pátina monocroma. Así, la más destacada impronta se ciñe a conferencias, lecturas poéticas y días del libro celebrados en sus aulas, pues tampoco la Biblioteca pública, dirigida por Fidel Cardete contaba con muchos medios.

Es por ello que quiero, especialmente, resaltar dos circunstancias concretas de este periodo. Una de carácter oficial y la otra de dinámica externa. Ambas contribuyeron al diseño del panorama intelectual del momento. Una de las decisiones más recordadas y de mayor calado en la rehabilitación de la zona alta, donde tanto contribuyeron Jesús Moya y Florencio Cañas, es la relativa a la compra de una casa para César Ruano. Tras la Semana Santa de 1949, y con Federico Muelas como amigo e inicial anfitrión, César y su esposa Mery van pasando frecuentes temporadas en Cuenca. Desde el primer momento surge la amistad con el gobernador, con las autoridades municipales, Merchante, Moya y Cañas, con el ambiente de tertulia del Café Colón, y con la geografía ambiental de la ciudad que fructifica en una larga serie de artículos magníficamente estudiados por Hilario Priego y José Antonio Silva. En el año 1955 Ruano adquiere la casa con el regalo del valor de la misma por parte del ayuntamiento presidido por Moya, y con el visto bueno de Juliá, así como los acuerdos